

SAN EFREN

ENDECHAS

Traducción y Prólogo del
P. A. Sebastián Ruiz

Serie
Los Santos Padres
N.º 14

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 - Sevilla

PROLOGO

Presento en este libro a los lectores de lengua castellana la traducción de Cincuenta canciones que la inspirada "Cítara del Espíritu Santo", San Efrén, diácono de Edesa, escribió para requebrar a "la terrible muerte". Ochenta y cinco cantos componen toda la obra del santo doctor, "el profeta de los sirios". Los traductores griegos y latinos titularon con diversos nombres estos "Mâdrachê", versos fúnebres: Las ochenta y cinco nenias o elegías, las Necrosima y Cánones fúnebres. Yo las llamo Endechas.

Lo fueron, en la verdadera acepción de la palabra, para el pueblo sirio: composiciones breves, con estrofas de doce, diez, seis y cuatro versos, terminados siempre por un estribillo; cantábalas el pueblo en las iglesias, en las calles y en la intimidad del hogar, añorando en ellas a las personas queridas arrebatadas por la muerte. En ellas San Efrén, "la columna de la Iglesia", introdujo fórmulas de oración y expresiones variadísimas para inculcar entre el pueblo el dogma fundamental de nuestra religión: la resurrección de la carne, impugnado por la herejía de Bardasanes, un dogmatizador de la Siria, la Osroenia y otras provincias.

La lectura de una de estas endechas será el mejor sedante y consuelo para todo aquel que haya perdido un ser amado, un fiel amigo. El recuerdo de sus virtudes, de su trato amable, de sus favores, la pérdida de una ayuda valiosa, la separación, la tristura, el abandono y la corrupción del sepulcro, todo esto es transitorio. Cristo ha vencido a la muerte, Cristo es las primicias de los muertos y su cruz nuestra esperanza de resurrección. Los cuerpos humillados que se desmoronan en la tumba, de esta morada de tierra, en expresión litúrgica de la Iglesia tomada del "profeta de los sirios", que es necesario que se deshaga para levantar la habitación eterna en los cielos (PREFACIO DE LA MISA DE LOS DIFUNTOS); después de leer una endecha del doctor del Universo, San Efrén, ya no causarán horror los cadáveres, ni repugnancia su olor, ni pavor el rezar junto a ellos, porque resucitarán, cuando les despierte la trompeta, para vestirse de claridad, de inmortalidad, de agilidad y de sutileza.

El tema triste de la muerte, en la pluma y en la cítara de un trovador del talle de San Efrén, se convierte para el lector en una acción de gracias, en una explosión de amor y de esperanza.

He aquí un guión de la obra.

Los Cantos fúnebres, obra poética de las más inspiradas que salió de su pluma, no son un poema con su unidad de plan histórico o didáctico, como los creó la poesía antigua de Grecia o de Roma. La muerte, inevitable después del pecado de Adán para todo hombre, es una separación violenta del alma y del cuerpo y de las personas amadas, y es una dejación y abandono de todo lo que aquí poseemos. Este es el nudo de todas las composiciones. Monótono en sí, el tema varía, porque la muerte siega con su guadaña a toda clase de personas de la sociedad. No le entristece la muerte de los obispos que fueron buenos pastores, castos, celosos, ayunadores y apóstoles de la verdad. Ocho panegíricos, las ocho primeras endechas (1-8), consuelan a la Iglesia al quedarse viuda. Desde la 9 a la 13 ensalza la virtud de los sacerdotes y diáconos; y para enaltecer la vida religiosa, su desprendimiento, mortificación, oración y obras de celo escribió catorce endechas (14-27). El entierro de los príncipes y ricos-hombres le inspiró la 28, la más llena de enseñanzas morales y de un tono patético. La 29 consuela a los peregrinos. Desde la 30 a la 33, con motivo de la muerte de las madres de familia, compuso verdaderos tratados de teología dogmática sobre el pecado y origen del mal, tema que trata también el santo en sus libros contra los herejes. Tierno es el lenguaje y poéticas las expresiones que emplea para encarecer a los jóvenes el aborrecimiento del mundo y sus seducciones, y consoladoras en extremo las frases en que canta la felicidad de los niños en el cielo (34-44).

Temas generales son todos los tratados en las restantes composiciones (45-85): estragos de la peste (castigo de los pecados de los pueblos); las muertes repentinas, la vanidad de las cosas humanas considerada al borde del sepulcro, etc.; el juicio particular y el juicio final, etc. Brilla con rayos fulgentes la esperanza de la resurrección, representada por la cruz, ganada por los méritos de Cristo, prometida a los que comen el Cuerpo y beben la Sangre de Cristo.

San Efrén es el enamorado de Cristo Rey, rey del Universo por conquista de las almas; el amante devoto de la Cruz, la cruz salvadora, la cruz de la esperanza; pero es el doctor del dogma de la resurrección de los cuerpos el día postrero del mundo.

Poeta y músico de un pueblo de poetas y cantores, San Efrén supo adaptarse a sus lectores y oyentes. La naturaleza, las flores, las aves, los ríos y los montes le prestan las imágenes; su corazón tierno, las plegarias encendidas y los ayes de despedida de las personas que se van a callar para siempre y a dormirse entre los que no hablan. Callar es morir para un pueblo como el sirio, locuaz, alegre y cantor. En el cielo, después de la resurrección, los santos tocarán la lira y cantarán los salmos y las alabanzas al Dios Optimo Máximo. San Efrén no sabe más libros que la Biblia y en ella busca su inspiración. El lenguaje sencillo del Santo Diácono de Edesa era preciso dejarle en su sencillez y candor; para transcribir mejor su lirismo hemos usado muchas veces la forma estifoidal y traicionado menos su pensamiento, alargando la frase; lo hemos hecho cuando mejor lo guardan sus traductores latinos los maronitas Assemani, hasta hoy la mejor y más completa de las ediciones de San Efrén (Roma, 1743, en seis vol. in folio). Pocas veces, tres o cuatro, he saltado estrofas por evitar repeticiones. Los epígrafes de las endechas son míos y he conservado la numeración romana de Assemani; así hará más cómoda la consulta del original de la versión latina.

* * *

San Efrén (306?-337) vino al mundo en la ciudad de Nisibe, en la Mesopotamia. Sus padres, cristianos, le dieron educación esmerada y, joven aún, se retiró a la soledad a hacer vida eremítica. El Obispo de Nisibe, Santiago, hombre erudito y virtuoso, recibió al joven Efrén entre sus discípulos; los historiadores afirman que le llevó al concilio de Nicea de 325. Era poco después maestro y director de una escuela de exégesis establecida en Nisibe por su Obispo.

Las provincias de Osroenia y Mesopotamia sufrieron entonces la invasión de los persas; su rey, Sapor II, tomó y asoló sus ciudades y aldeas. Pero en Nisibe se eclipsó su estrella, padeciendo la primera derrota, y los historiadores atribuyen la victoria de las legiones del Imperio a la oración del maestro y doctor San Efrén. Es lo cierto que su entusiasmo y su estro poético levantaron el patriotismo de los sirios, y aquellos pueblos rechazaron entonces a los persas.

Después nuevos azares de la guerra ponen al santo en comunicación con personajes influyentes del imperio; tal vez en algún viaje a la Corte traba amistad con San Basilio, quien, prendado de las virtu-

des y ciencia del monje sirio, le confirió la orden del diaconado. Hacia 360 fija el santo su residencia en Edesa, absorto en la dirección de una escuela abierta por él y en la composición de sus innumerables escritos en prosa y en verso. En 373 muere, rodeado de la admiración de sus discípulos y de un pueblo que lo idolatraba, lleno de merecimientos.

Hombre menudo, calvo, imberbe, enjuto de carnes, semejaba la severidad personificada. Jamás reía, él, poeta, cantor y pulsador de la cítara, cuyo nombre no se le cae de la pluma en todas las páginas de sus libros. Desde sus primeros años no comió pan de trigo y se alimentó sólo de legumbres, y casi siempre verdes y sin cocer. Su vestido fue una túnica, remendada y desteñida; caminó descalzo. Como Basilio, el obispo de Cesárea, su cuerpo fue un manojo de huesos trabados por la piel morena, tostada por el sol del desierto.

Bajo estas apariencias de asceta se ocultaba en Efrén un alma ardiente y mística, un contemplativo enamorado de la Trinidad Santísima y del misterio de la Encarnación. “No he negado al Padre y al Hijo y al Espíritu”, leemos en sus versos a cada paso, y al Verbo le llama siempre “nuestro allegado”, el pariente y “el hermano del linaje de Adán”, cuando se extasía en la contemplación de Belén, cuando le ve venir por los aires a juzgar o los muertos y cuando le arrebató su amor a la cruz de Cristo.

San Efrén, monje, maestro y escritor, fue además un guerrero que arengó a los soldados que combatían en las murallas de Nisibe y de Edesa, y sus arengas son versos inflamados; fue un debelador de la herejía. Bardasanes y sus discípulos predicaron doctrinas antitrinitarias, enseñaron que Dios era el origen del mal en el mundo, que todo se acaba con la muerte y que son lícitos los mayores desórdenes y orgías y carnalidades, y San Efrén se levantó contra tamañas blasfemias para libertar al pueblo sirio como un solo hombre contra enemigos más perniciosos y temibles que los persas. Su predicación inflamada la conservamos hoy en sus escritos poéticos contra los herejes en los cantos fúnebres.

“Que el cuerpo y alma canten tus alabanzas, Señor, en el paraíso”, era el estribillo de todas las baladas sirias cuando en las iglesias y en las calles y en la plaza se rezaban los versos del diácono de Edesa, “porque el cuerpo es bueno, el cuerpo resucitará un día y entrará en los palacios del Rey”, dice también San Efrén.

Tal fue el bardo de Siria, “el doctor del Universo, la columna de

la Iglesia, la boca elocuente, el profeta de los sirios y la cítara del Espíritu Santo". Los protestantes, y antes que ellos otros herejes, pretendieron ver errores dogmáticos en sus escritos; tal vez inexactitudes, exageraciones poéticas se le puedan achacar algunas. La Iglesia ha aprobado solemnemente su ortodoxia al declararle Doctor por decreto del Papa Benedicto XV en 1920.

La producción literaria de San Efrén no se ha completado todavía y, aun cuando se le hayan atribuido algunas obras, abruma el trabajo realizado por su pluma. Ya la antigüedad le dio como suyos más de 300.000 versos sobre temas muy variados.

Escribió: a) Comentarios al: 1.º, Génesis; 2.º, Exodo; 3.º, Levítico; 4.º, Número; 5.º, Deuteronomio, 6.º, Jueces y Josué; 7.º, al libro de Job; 8.º, Isaías, Jeremías y sus Trenos; 9.º, Ezequiel; 10.º, Daniel, y 11.º, Profetas menores.

b) Breves escolios ascéticos: Tratado del sacerdote Helí, Alabanza de los Salmos...

c) Sermones: 1.º, doce sermones exegéticos; 2.º, doce sobre el Paraíso, 3.º, cincuenta y seis contra las herejías; 4.º, ochenta contra los escudriñadores; 5.º, siete sermones de la margarita; 6.º, de la fe, de la penitencia; 7.º, sermones de las fiestas del Señor y los santos, sobre la Cruz y varios patriarcas del Antiguo Testamento.

d) Sermones ascético-morales: A los monjes, sobre las Bienaventuranzas, pareneses sobre la penitencia, los novísimos, juicio, el sacerdocio y los Ochenta y cinco cantos fúnebres.

Se le atribuyen muchos más, que la crítica histórica va confirmando como auténticos.

Bibliografía.— Ha sido San Efrén uno de los padres cuyas obras alcanzaron más fama en los monasterios medievales, y los monjes copiaron muchas veces sus tratados. En el siglo XVIII le dieron a conocer los dos maronitas Assemani, tío y sobrino, José Simón y Esteban Evodio. Después han publicado trabajos eruditos: Lamy: *S. Ephraem Syri Hymni et Sermones...*; Malinas, 1886. Overbeck: *Opera selecta*; Oxford, 1865-1880!. Caspari en *Cristiania*; Zingerle en *Innsbruck*, 1830-1838; C. Fercy le estudió como poeta en su *Saint Ephrem*, poéte; París, 1877. Véase además: Bartenhewer: *Patrología trad. de J. M.ª Solá*; Barcelona, 1910; páginas 399-405, y Cayré: *Precis de Patrologie*, t. I; París, 1927; p. 368-375.

EL TRADUCTOR

CANTOS SELECTOS DE SAN EFREN

I

EL BUEN PASTOR

La muerte es el fin del combate que libra el cuerpo
Con las muchas miserias de esta vida;

La muerte da la paz a los buenos,
La muerte corona a los atletas.

Guerra sin cuartel hacen los valientes
Ejercitándose en la práctica de las virtudes,
Guerra que todos los días se recrudece
y no cesa de hostigarles hasta la muerte;

Hasta que se fue la vida
A la caída del sol, cuando se paga al obrero,
Entonces se da el descanso y la paz al jornalero.

Aquel descanso que dura
Hasta que venga a despertarles
El Arbitro de la vida y de la muerte;
Cuando se acerque a los sepulcros,
Cuando los levante y se incorporen de su letargo
Como los que duermen;

Cuando, libres de la corrupción,
El Juez los lleve a la vida perdurable.

Aunque estén separados de nosotros
Los cristianos difuntos;
Aunque, alejados de nuestras miradas;
Nos tratan y nos hablan y nos enseñan.
La enfermedad gastó y consumió sus cuerpos
Como se gastan los vestidos,
Mas no acabó con sus almas.
Sus almas viven,
Conservan los afectos que aquí tuvieron;
Puede presentar a nosotros, hablarnos
Y con sus ejemplos enseñarnos la virtud.
Conservando la vida y la inteligencia
Gozan allá;

Mientras sus cuerpos,
Yacen sepultados en la tierra,
Como tesoro confiado a su custodia.

Duélenos la pérdida de nuestro Obispo; pero nuestro dolor le es provecho, pues ahora recibe doblado aquel dinero que dio a rédito. Por eso no le asustó el anuncio de la partida.

A nuestro Obispo, como en otro tiempo a Moisés, la muerte le ha coronado, le ha conducido desde alta mar al puerto, librándole de las miserias de este siglo y de lucha molesta con su cuerpo. Varón mansísimo por su mansedumbre comparable, legislador de los hebreos, nuestro Obispo adoctrinó y gobernó con prudencia la grey confiada a sus cuidados; puso delante de nosotros el libro de las Sagradas Escrituras, como aquella columna de fuego. Como aquella columna de luz mostró él la Ley al pueblo, dirimiendo sus rencillas ya apaciguando sus resentimientos. También se pareció nuestro Obispo al caudillo de los judíos, porque así como él sacó a su pueblo de la esclavitud tiránica de Faraón, así rescató éste a su rebaño, oprimido por la idolatría de las mentidas deidades paganas.

Ahora vivimos preocupados, no sabiendo qué Pastor tendremos después, y este pensamiento nos atormenta cruelmente, padre, no porque hayas llegado con la nave al puerto ni de que hayas conseguido la

corona. ¿Cómo no se va a entristecer la Iglesia, en la que, trabajada por el hambre, fuiste un Elías previsor y, saciada con el pan de la caridad, la limpiaste de los errores y cultos profanos? Nunca dejará de llorar el artífice que ha perdido, que terminó el edificio empezado por Pablo y que con el oro le iluminó una vez construido. Sí, llorará siempre a esa fuente de la doctrina santa, ahora seca; le siente hasta en los huertos plantados por él maravillosamente: él fertilizó su campo con abundancia de frutos como los que suele producir la ciencia de las Divinas Escrituras.

Así me explico que se hayan apoderado del corazón de la viuda abandonada la tristeza y el llanto inconsolables al pensar que ya no gozará de tus enseñanzas, al saber que tu voz se ha apagado; tú, que habías sido colocado por el cielo para corregir a los pecadores empedernidos en el vicio y como remedio contra la malicia y la tibieza. En vano esperará la viuda que extiendas tu diestra hacia sus hijos y hagas sobre ellos la señal de la cruz, de la que pende nuestra esperanza.

¡Qué de extrañar tiene que se arrase en lágrimas el que entra en el templo, pues ya no puede poner sus ojos en ti, que te sentabas junto al presbiterio, ni contemplar tu rostro, apacible y lleno de dulzura! Una y más veces, tan pronto como amanece, queriendo rezar, aquella viuda camina a la iglesia, esperanzada de gozar de tu bendición; mas, ¡ay!, cuando en medio del tropel de las gentes, y después de buscarte en vano largo tiempo, no te encuentra, convencida de tu fallecimiento, el dolor se apodera de su corazón, la despedaza y la ahoga.

Ahora bien, como tú hayas cumplido todos los deberes del Buen Pastor para con su grey y ella se confiese deudora a tus oraciones de su salvación, y como hayas imitado al mansísimo Moisés y hayas gobernado prudente y dulcemente tu Iglesia en paz, tus ovejas no dudan de que gozas, como el legislador judío, del fruto de tus trabajos.

Como digo, no se angustia la grey por ti, sino de que a tu muerte nadie te ha sucedido todavía que se asemeje al buen Apolo. Cuando la muerte arrebató a los israelitas a su caudillo Moisés quedaron compensados con las virtudes de su sucesor, el capitán Josué, y la tristeza en que les sumió el fallecimiento del legislador desapareció pronto, y llegó a tanto su consuelo que ya no pidieron nuevo salvador ni general.

Mas como tu Iglesia no ha alcanzado todavía otro pastor igual a ti, por eso llora cual esposa a quien repentinamente le han arrebatado al

marido del lecho nupcial; ella, antes que le devuelvan el tronco separado de la cabeza, come alimentos groseros y, sumida en amargo llanto, se despedaza a sí misma mientras no le es dado hallar otro esposo que administre prudentemente su casa y con su cordura le mitigue el dolor y ponga fin a su quebranto.

Mientras tanto, mientras vivimos en este desconsuelo por tu muerte, yo te ruego, padre, que socorras a tu Iglesia con tus plegarias, las que no dudo han de ser escuchadas; también Moisés oró por su pueblo. Así, ruega por tu grey para que consiga un pastor semejante a Josué. Es verdad que David había fallecido mucho antes de los tiempos en que vivió Ezequías y, no obstante, su oración ayudó, mucho después, a la ciudad de Jerusalén, en peligro y gran aprieto, asediada por los guerreros de Senaquerib.

En ti conocimos a un sacerdote semejante a Aarón, príncipe de los sacerdotes; en ti, a un sacerdote como Moisés; en ti admiramos la pureza de José, y el celo de Elías, y la santidad de David, y la rectitud y la inocencia de Abrahán; por eso, no sin razón, hemos llegado a pensar que, por un privilegio especial concedido a Jeremías, Dios te escogió para Prelado desde el vientre de tu madre.

Siguiendo las huellas de aquel profeta, tú llevaste el yugo del Señor desde la niñez, pesado o ligero, ya consideren sus trabajos, ya los premios.

Entretanto, pedimos al supremo Remunerador de las obras, quien, viviendo tú entre nosotros, con tus hechos y tus palabras tan alto puso su nombre, que te corone en el coro de los justos por el buen gobierno de tu pontificado.

Por lo demás, aunque no veamos tu alma, te contemplamos en el cuerpo y, como en relicario precioso, percibimos el olor del ungüento oloroso de que rebosa. Pero tú, sin olvidarte de ti, socórrela con tus preces, pide para ella la salud y la incolumidad; alcanza a tu pueblo, que numerosos se congrega para celebrar tu memoria, la dicha de gozar de tu felicidad, de alabar contigo en la patria de los bienaventurados a Aquel que te deseó tenerte en el número de sus elegidos.

II

LA MISTICA SAL DE LAS ALMAS

¿Habr  alguien que no se alegre de que este santo haya conseguido la palma?  Habr  alguien que no nos compadezca de que hayamos perdido al caudillo a ra  de la victoria, al que teníamos como mística sal de nuestras almas?

Mas, porque la hora de la partida está fijada y es inmutable, os ruego que no llore s, os pido que guardáis silencio: el atleta caído gloriosamente en medio de la lucha, lo repito, os da motivo bastante para callaros. Caed de rodillas y rendid gracias al Arbitro supremo de la vida y de la muerte, que se ha llevado al difunto para colocarlo en el seno de los justos.

 Oh bienaventurado! Fuiste compañero de los santos e igual a los varones de más acrisolada y perfecta virtud, modelo de santidad y de justicia y dechado de h eros antiguo.  Acaso no te será lícito, estando con ellos, sentarte en los tronos de los justos?  Acaso no podrás gozar a tu placer, libremente, en el jardín de las delicias, t , que desprecias-te en la edad florida los goces del matrimonio? Uno solo conocía el día de tu entrada en la gloria y todos la hora de tu muerte: sabía tu triunfo el que te preparaba tantos bienes libr ndote de tantos males.

Ya est s exento de la corrupción de la carne, ya est s en posesión del lugar donde gozan eternamente los santos. Loado sea el Señor, que te predestinó para gozar de una dicha sin fin. Esta felicidad contemplaban tus ojos y a esta meta tendían los actos todos de tu vida; el que te mostró el puerto también te hizo entrar en él. Una muerte semejante,  qu n la llorará?, o más bien,  qu n no la considerará como el sumo bien y no te felicitar  por la corona y no dará gracias al supremo Remunerador de las obras buenas, que se dignó honrarte tanto?

III

LA FE ROBUSTA

El día que solemnizamos es de alegría y consolador sólo para los buenos, para aquellos que, meditando en las verdades eternas, preparan y tienen a mano el viático necesario para tan largo camino y los vestidos decentes para el convite de las bodas.

Por eso, padre, ¿no te llamamos bienaventurado a ti, a quien está reservado el galardón, merecido por los trabajos padecidos, que se te concederá cuando entres en la eternidad, en la inmortalidad y en las mansiones de los justos?

Cuando apenas habías sentido la dulce carga del cuerpo en tus tiernos años, te sujetaste al yugo suave del Señor. ¡Oh mi Dios! Dale la bienaventuranza prometida; manda que este tu siervo, cumplidor exactísimo y piadoso de las vigiliás regulares, que juntó libérrimamente a los ayunos y la oración asidua, entre en posesión de la dicha.

Ciertamente que así será, pues no has de negar un puesto en tu mesa a este obrero: no puede llorar ya quien pasó gimiendo los días y las noches. Porque vivió en la creencia de que llegaría a la posesión del descanso de los bienaventurados, que no se lamenta de verse excluido de ella, defraudado en su esperanza.

Ni un solo instante se borró de sus ojos la imagen bellísima de la gloria, que él contemplaba como espejo de la verdad oculta tras un velo, aunque bien sabía que se habría de descorrer cuando le admitiesen en el coro de los ángeles. Tampoco se olvidó nunca de tu justicia, vengadora inexorable de los pecados, testigo de sus acciones. Por eso, preocupado de sus caídas, imponíase severas penitencias.

A quien no atemorizó tu juicio ruégote que le absuelvas clemente cuando tenga que ser juzgado en tu tribunal. Acostumbraba a abrirte su alma en la oración, derramando copiosas lágrimas en tu presencia. Ignoramos ahora dónde está; pero que se le franqueen las puertas, las puertas de tu gloria. Ayunaba tu siervo dos veces, absteniéndose de comer y apartándose de pecar, de suerte que unía la templanza con la inocencia de vida. Te suplico, Señor, impidas que le separen de las alegrías de tu banquete eterno.

IV

LA CITARA SE HA CALLADO

La muerte ha entrado en nuestra casa y ha cortado y se ha llevado a un miembro de nuestra comunidad. Es preciso moderar algo el dolor y dejar que se desborde la alegría por un bien que excede todo bien. Estamos convencidos de esto: la muerte trasladó a nuestro Obispo a la bienaventuranza, librándole de las miserias de esta vida caduca e introduciéndole en la mansión de la felicidad.

Nuestro fiel Pastor se distinguió y brilló por la caridad, plenitud de la ley; ruégote, Señor, se digne recibir tu Caridad fiel al que con tantas veras la practicó. Pero te suplico también que, por haber domado los ímpetus de su carne con largos ayunos y alimentos groseros, des la fuerza invencible al que se dispone a entrar en la perpetua luz.

Reparador de nuestra salud, ves que ha enmudecido la cítara que tocaba a tus ovejas las palabras del Espíritu Santo; te suplico que la mandes proseguir, acompañando en el convite de tu gloria los acordes interrumpidos; se ha vuelto muda la lira de cuerdas intérprete de tu ley: la muerte le arrebató la voz; doblegado por nuestros ruegos, restitúyela e introdúcela en la mansión en que habitas.

A quien sublimaste tanto para que desempeñase el oficio pastoral en el templo sagrado y administrase tu sangre a las ovejas, a éste ruégote que le dejes ir a disfrutar los goces puros y divinos. Y puesto que él despertó la fe, que languidecía y se amortiguaba en el pueblo, y le apartó del error, pídotte que esa misma fe le defienda y esa misma verdad le proteja en la hora de tu aparición.

Ruégote, Señor, que a aquella boca, que no cesó de entonar himnos al Espíritu Santo y se ejercitó continuamente en ayunos y piadosas oraciones, la hagas participante de tu reino y la juntes al coro de los justos para que cante tus alabanzas. Viviendo con la esperanza de la eternidad, pasó sus días siempre ocupado en aliviar las miserias de los afligidos. ¡Oh Dios, mírale con ojos dulces y llévale al puerto de los santos preparado para él! Esto te pido; escucha nuestras preces, que justo es alabarte en todo tiempo y honrar al Padre y adorar y ensalzar al Espíritu Santo. Amén.

V

EL APOSTOL

Ved al venerable Obispo, encanecido en los trabajos, varón digno de todo respeto por su castidad y pureza, que renunció al oficio pastoral sin que le moviese a ello ninguna pasión. Intachable en su conducta, nadie más severo ni nadie más dulce que él; nadie más humilde en palabras y en deseos: nunca le torció el viento de la vanagloria en el gobierno de la Iglesia, confiada a sus cuidados.

Varón comparable a Moisés, comparable en el poder; él solo conjuró y evitó la ruina del Estado. ¿No fue él quien nos hizo participan-

tes de la fe que recibió del cielo y con el esplendor de sus virtudes ilustró nuestra tierra y cuyos actos fueron los predicadores, las lumbreras que iluminaron a nuestra región?

Prestadme vuestra atención: tengo que deciros cosas grandes de este anciano insigne; no es justo confundir lo sublime con lo trivial y rastrero, lo grande con lo mediocre o despreciable. Del mismo modo que nosotros al ponderar lo malo no hallamos guarismo, así no encuentro yo alabanzas para ensalzar a este varón, que se sublimó y llegó al más alto grado de virtud. Ruégote y suplicote, ¡oh Dios!, que te dignes juntarle a los que un día mandarás sentar a tu diestra.

Se equivoca enteramente quien, hablando de nuestro Obispo, diga que va a referir todos sus hechos y que es capaz de alabarlos como merecen ser ensalzados. Dormido en el sepulcro, mirad qué silencio guarda, y, sin embargo, su silencio es más elocuente que orador alguno, y no es de extrañar, porque los tesoros de sus virtudes no los pueden rastrear sus escudriñadores. Sólo Dios, inspector de todo, contempló las luchas que emprendió y acabó aquel varón: una lucha franca y abierta en la que derrotó al mundo y una lucha oculta y sorda en la que se venció a sí mismo y reprimió los malos instintos de su naturaleza. Pido a quien dio la victoria a este guerrero que me dé su ayuda para hacer un panegírico digno en este momento en que voy tejiendo una corona al vencedor. Mas me parece que no hay que pedir que supla mis fuerzas, cuando nadie, por muy elocuente orador que sea, basta para ensalzar como se merece al conquistador, a quien su misma victoria ya le sublima tanto y a quien la sola gloria del triunfo pregona su grandeza. Las palabras, todo cuanto se diga en su honor, no admiten parangón, ya que raras veces las alabanzas de los historiadores igualan a la realidad de los hechos.

Este santo anciano, igual en todos los actos de su vida, nunca desmintió su recto pensar: lo que se propuso en un principio, lo que pidió en la oración, nunca se apartó de su mente y, fijo en su corazón, ni la muerte misma se lo impidió; al entregar el alma seguía ofreciendo la hostia de su oración.

Orad, pues, también vosotros por mí, porque la oración común de muchos hecha con amor es eficaz para mover al Señor. Pero tú a tu vez, padre, ruega a Aquel que por su benéfica voluntad te concedió la dicha de gozarle que me dé la gracia de cantarte himnos de alabanza y de gloria.

VI

LA CASTIDAD

Padre, ¿cómo no te voy a llamar hoy bienaventurado, puesto que imitando a Elías emulaste su gloria y pasaste en la soledad tu juventud? Una vez más imitador de Moisés, llenaste de honra y adornaste con la mansedumbre tu ancianidad, conservándola enteramente inviolada. Tenemos que dar gracias a Dios de dos cosas: porque guardó nuestro difunto la inocencia en la juventud y porque honró sobremanera sus canas.

Enseñado con el ejemplo de los discípulos del Hijo de Dios, que nada poseían, ambicionaste ser pobrísimo de los bienes terrenos; por eso hallaste tanta gracia con Cristo que El, a su vez, determinó hacerte consorte de su gloria. Imitando la amistad de David con Jonatás, tú aprendiste a abrazar a todos los hombres con perfecta y sincera caridad, acostumbrado a dar a todos, así presentes como ausentes, todas las muestras del amor cristiano. Lo que en Job viste también de bueno, eso mismo te propusiste llevar a la práctica con sumo cuidado: así solías repartir el alimento a los menesterosos y levantar el ánimo de los afligidos. La lujuria no dominó tu cuerpo ni fomentó la más leve falta; tampoco el placer desordenado manchó tu continencia inquebrantable. Por eso se derramó en tu alma el Espíritu Santo y habitó en tus miembros, y el Señor, a quien fielmente servías, puso una corona sobre tu cabeza y te condujo hasta este día en que te trasladó, anciano, del trabajo al descanso.

¿Cómo no voy a llamar dichosa y bienaventurada a tu alma, padre, que se va a entregar desde ahora sin temor alguno a gozar de su Dios, pues ha puesto en fuga a su enemigo cruel, que le hacía la guerra y ha huido cobardemente?

Dios te ha entregado, padre, doble corona.

Ahora bien, en justicia pide la naturaleza que los buenos hijos lloren y den muestras de dolor en el funeral de su padre: si su glorioso tránsito les alegró, les causó alguna tristeza también, pues comprenden que en adelante se verán privados de su trato.

Padre, la palabra humana desconfía de poder alabar tus triunfos: venciste al demonio, rompiste sus lazos desde tu niñez hasta tu vejez; en tu vida pasada no hubo faltas, a pesar de estar sujeto a la debilidad del cuerpo; siempre con el rigor y la continencia, venciste los halagos

de la voluptuosidad, y siendo joven, emulando la hazaña del patriarca José, resististe valientemente a los incentivos de la impetuosa lujuria y vida licenciosa con la fortaleza que Dios te comunicaba interiormente en al refriega.

Pacientísimo en los trabajos, guardaste siempre aquella norma de vida perfecta que te habías trazado sin torcer su curso: observando las vigiliass, los ayunos prolongados y el fervor en la oración. Te esforzaste en vivir con toda pureza y así agradaste a todos y así es tan grande hoy tu gloria: la esperanza y la fe, ¡oh bienaventurado!, fueron tus compañeras inseparables hasta el sepulcro. Dios ha hecho ilustre y glorioso el día de tu tránsito por los triunfos y lauros conseguidos sobre el enemigo cruel: desde ahora, todos los años se celebrará tu memoria como se celebra, y con iguales honras, la de los Obispos que, como tú, fueron dechados de virtud. Dios, a quien serviste, que es justo y poderoso, no te negará la paga íntegra prometida a los obreros alquilados por él para cavar su viña, como lo leemos en el santo Evangelio. Lo prometió y lo cumplirá: sentará en su mesa a cuantos despreciaron el mundo y todo lo caduco y deleznable.

VII

SE HA APAGADO LA LAMPARA

Carísimos, ¿quién será capaz de darme inspiración para componer un canto fúnebre en este entierro dolorosísimo y en tan grande llanto entonar una endecha que arranque los sollozos? Mas, ¿quién tendrá entrañas de hierro que soporte el dolor causado por la muerte de este santísimo varón? ¿Con qué gemidos habrá que dar a conocer estas exequias, toda vez que la magnitud del dolor causó tan grande pena que hizo enmudecer nuestras lenguas? Si sucede que un rey cae en los campamentos o es herido de muerte en la batalla, en el mismo instante se dispersa el ejército y los soldados abandonan las fortalezas; pues, ¿qué seguridad presentará hoy nuestra ciudad cuando acaba de expirar su Obispo? Grande, inmenso luto ha venido sobre aquellos que son capaces de comprenderlo al caer sobre nuestros muros esta calamidad y al desmoronarse la columna que sustentaba todo este edificio. ¡Ay! Se ha apagado la lámpara que por todas partes y en todo tiempo nos mostraba el camino con su luz; ha rodado por el suelo la corona de nuestra cabeza, la corona que adornaba la de los

hermanos; el último día nos ha arrebatado a nuestro médico y ha arruinado la farmacia donde guardaba sus medicamentos.

El rey David, inspirado en lo alto, cantó: *Hermosa es la muerte de los santos en la presencia del Señor*. (Salmo 115, V.) Y si Dios la juzgó digna de singular honor, ¿qué pecador de nosotros (y todos lo somos) negará a la muerte el obsequio de las lágrimas a esa muerte que arrebató al pastor de medio de su rebaño? Cristo: restaura nuestras ruinas y el muro cuarteado reháznosle, te lo ruego; defiende nuestros campamentos, te lo suplico, porque ya ha sucumbido el caudillo de nuestro ejército herido en la refriega: la muerte, cruel como una fiera, ha invadido nuestro rebaño y, saltando a las ovejas, ha arremetido contra el pastor y nos lo ha arrebatado. Lloren las ovejas y lamenten los pastores también con llanto grande la gloria marchita de los pastores, al mejor de los pastores, arrancado de su rebaño. David a Abner, el general de los soldados que luchaban por la salvación de los cuerpos, hizo un funeral luctuosísimo y al rey, que lloraba, seguíanle en él sus familiares y sus esclavos, quienes derramaron copiosas lágrimas; pues, ¿cuánto más acerbamente no debemos llorar nosotros y lanzar más lúgubres suspiros, que salgan de lo íntimo de nuestro pecho, al ver que ha sucumbido el pastor y director de nuestras almas?

Aquel conocido profeta burlador de su compañero (III Reg., XIII, 20-29) le lloró en su lecho, aunque sabía que su muerte era castigo de haber violado un mandato divino; luego, ¿no llorará la muerte de un Obispo quien sabe que cumplió santísimamente su oficio? Aquel profeta tributó los últimos honores a su compañero y colega, le dio sepultura llorándole amargamente difundo y deseó tenerle como protector y modelo. Procure cada cual mirar por su salvación. Fueron los huesos de José defensa de los campamentos. Venerable padre: que el valimiento que aquí tuviste sea también ahora como muro que ciña nuestros campos y los proteja. Los bastiones defiendan nuestras ciudades y nuestras aldeas: que la ayuda de los Obispos santos venga en auxilio de la Iglesia de Cristo.

Pero ahora, cuando ya ha dejado de oírse tu voz, padre, en nuestras asambleas, ruégote que tus bendiciones sean más copiosas; cuando ya no gozan nuestros ojos de tu vista, que no se borre de nuestras mentes tu recuerdo. Nos dejaste, padre, huérfanos; te suplico que sea tu oración nuestra madre y la Trinidad adorada la ayuda que nos salve.

Mientras tanto nos congratulamos de tu gloria y nunca dejaremos de llamarte feliz y bienaventurado, porque habiendo navegado entre escollos, expuesto a naufragar, seguro arribaste al puerto, desde donde contemplas la terrible bravura del mar sin temor de perderte. No dudamos de que tu alma ha sido recibida en el reino de los bienaventurados y, como una margarita preciosa, engastada en la corona de Cristo Rey.

En cuanto de nosotros dependen prometemos no olvidar nunca tu memoria y recordarla en el altar santo, en el que casta y piadosamente ejerciste las funciones de pontífice.

Concedan a tu alma la vida tranquila, la vida exenta de todo cuidado y el fruto que has merecido, el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo Dios, a quienes santamente confesaste. Amén.

VIII

¡CONSUELOS!

Hermanos, una novedad refiero: nuestra Iglesia ha cambiado el vestido a la muerte dichosa de su santo padre y enlutada celebra su funeral. ¿Quién es el fuerte, dice quejumbrosa, que nos arrebató el consolador de nuestras almas afligidas o qué viento huracanado y contrario tiró la lámpara y apagó la luz?

Despertadas las iglesias vecinas con estas voces llorosas se reunieron para dar el pésame con palabras amistosas a la que lloraba desolada.

—Hermana, no te angustie la partida de tan buen padre; va acompañado de ayudas: los sufragios de vuestras oraciones.

—Verdaderamente confío en que así como él, vigilante y desvelado, me adornó con su gobierno, pues fue pastor mansísimo y prudente y me amó sin límite, con sus auxilios me ha de alegrar.

—Eres virgen santa, imagen perfecta de tu pastor; no tienes por qué derramar lágrimas en su sepulcro ni por qué turbar a tus hijos: piensa más bien que conviene alabar a quien le escogió. Gozó de gran fama y todos fueron testigos de los actos de su vida integérrima y todos son de parecer que nunca volverás a tener la dicha de disfrutar un prelado tan benemérito. Alégrate, pues, porque ya has empezado a poseer un patrono y con un patrocinio te puedes prometer la seguridad y tu bienestar. Llamamos a Moisés el más grande de los héroes, insigne en

santidad y mansedumbre, y con todo dejó este mundo y gustó la muerte; tu padre no estuvo exento de la pena común, pero no por eso te debes entristecer.

—Afectos contrarios y cuidados tristes cayeron repentinamente sobre mí al contemplar ante mis ojos el cadáver de mi hijo y esposo, y tan tristes que ningún consuelo fue capaz de aliviar mi aflicción.

—Lee los salmos de David, y al empezar se te ofrecerá aquel texto, medicina apropiada para calmar tu dolor: *Preciosa es la muerte de los justos en la presencia del Señor*. (Salmo 115, v,5). Al leer, alaba a quien por singular providencia suya le predestinó para esta gloria.

—Pero mira que mi casa está desierta y dentro veo a mis hijos deshechos en lágrimas. ¿Y quién puede dejar de llorar? La vida dulce se fue: vino la terrible muerte, cayó sobre nosotros, desoló mi morada y me dejó viuda. Dejad acercarme al lecho mortuario de mi esposo antes que saquen el cadáver y le sustraigan a mis miradas.

—No lo permitimos, no; acuérdate del ejemplo de Moisés, y que él te sirva para infundirte aliento y devolvarte tu primera paz. Aquel caudillo, a la muerte de Aarón, su hermano, sin derramar una lágrima preparó el ataúd; mira, imítale tú y, en vez de lágrimas, desgrana los salmos delante del Señor.

—La muerte me lo impide, la muerte que me arrebató la gloria de mis hijos y a mí la corona: yo, manchada y convulsa con este golpe, rodé por el suelo; pero tú, Señor, quítame este dolor.

—Confía; Jesucristo, Hijo del Eterno Padre, dará su ayuda en las aflicciones; el coro de los santos intercede por tu salud en presencia del Altísimo; Dios oírà a los que le suplican.

—Todas las iglesias vecinas se conduelen conmigo: mis hijos han quedado huérfanos y yo viuda; que tu clemencia, Señor, me coja bajo su patrocinio.

—¡Ah, desconsolada esposa! Así te habla tu esposo: No llores mi lecho de muerte. Si yo te hubiese dejado sin hijos tendrías ciertamente motivo para sollozar en la hora de mi partida; mas teniendo en casa hijos esclarecidos en probidad y en ciencia no tienes por qué desear quienes te consuelen.

—¡Señor, mi Dios! Ruégote no me abandones en mi viudez. Impide, te suplico, el mal de que mis hijos se dispersen, arrastrados por las querellas intestinas. Suple el puesto del Obispo que nos fue arrebatado, apiadándote de tu pueblo, que no sabe dejar de llorar cuando contempla al clero reunido en el coro y se recuerda de que ha caído su cabeza.

Vendrá algún día, cuando los ejércitos de los espíritus celestiales y los coros de los ángeles harán resonar el trueno; entonces tú, que lloras ahora viuda, iluminada con una luz nueva empezarás la fiesta, que ya no acabará.

Si así es, que marche; que, relegada en su antro, tema la muerte. De la muerte me quejo porque ahora, habiéndoseme quitado el sostén, mis pies vacilan. Espero, Señor, que me devolverás la paz de que disfrutaba mi alma.

IX

¡ANSIAS DEL CIELO!

Ruégoos por Dios, compañeros y hermanos, que os acordéis de mí, ya que nos cupo la suerte de asistir juntos a cantar salmos en el coro en virtud de nuestro sagrado ministerio. Que vuestra oración me ayude, me limpie del polvo de que están manchados mis ojos; que me asista también cuando resucite del sepulcro y me sugiera las palabras para dar la bienvenida al que resucita a los muertos cuando a mí me llame otra vez a la vida.

No dudo: nacerá el sol de justicia de las regiones de los infiernos, es decir, de los abismos, y arrojará a la noche que introdujo la muerte en el mundo y a mí me despertará del sepulcro. Se despertarán sí, se despertarán todos los que la muerte oprimió y, resucitados, darán testimonio de que han recibido la gracia de la Estrella, que con su luz dichosísima alegrará a los que estaban tristes.

¡Oh, cuántos males amenazan al siervo desidioso! Prefirió el *dolce farmiente*, la dulce holganza, al trabajo fructuoso. ¡Ay!, de esto me duelo yo. Cuando venga el día, cuando el pagador de las obras distribuya el jornal según los esfuerzos del trabajo y a cada cual le de su merecido, entonces, Señor, te suplico que oigas mis ruegos, aplacado por aquella tu misericordia que escuchó y tuvo por buenas las preces del ladrón que pendía en la cruz.

Ya lo se: voy a entrar por el camino abierto y trillado a todos los mortales que conduce a la región de los vivos, en la que se paga a los justos según los méritos.

Allí te aguardan, padre, los premios de los justos, distribuidos conforme a los merecimientos. Padre piadoso, suplicantes te pedimos

que cuando luchemos por nuestra salvación, en nuestra hora postrera, nos hagas refugio seguro en las alas de tu oración. Sí padre; creemos que para los justos, a quienes tanto te asemejas, existe un lugar señalado y cierto en el que, en goces perpetuos y completos, pasan la vida felices sin que la turbe ningún mal: allí el alma no está pendiente de lo que sucederá, allí no sopla el viento de la fortuna ni la enfermedad la puede turbar. Allí te pido, Hijo del Rey, que me hagas dichoso con la vista de tu rostro.

¡Miserable de mí! A mí, pasada la vida sin haber hecho buenas obras, a mí no me es dado el poder adquirir alas y tampoco tengo plumas para levantarme en los aires. ¿Qué hacer entre tales angustias? Sin embargo, me urge el momento, ésta es la hora en que tengo que pasar a nado el piélago de los fuegos abrasadores. ¿Quién podrá volar por encima de los remolinos de las llamas? ¿Quién podrá atravesar el inmenso océano?

A ti, padre, te llevarán las alas de las encendidas plegarias, más ligeras que el viento y las plumas de los ángeles, con las cuales tuviste trato frecuente; ellos te llevarán a las riberas del alto cielo, adonde no puede llegar el más leve vapor del torrente de fuego que está en el abismo.

X

EL TESTAMENTO

¡Ay! Se acerca el día postrero de mi vida: mis años vuelan y ya están encima mis sepultureros, cual fornidos cazadores. Cierto estoy de que en breve tengo que marchar y dejar la casa que habito y emigrar a parajes para mí del todo desconocidos. Por eso he determinado escribir el testamento de mi contrición y consignar con pluma y tinta lo que allí me van a decir. Es justo que los herederos contemplen la parte que les cabe en la herencia. Voy a dividir y señalar en derecho lo que a cada uno de ellos les corresponde en los bienes que yo adquirí con mi trabajo y en los dineros que obtuve en los préstamos, pues me temo que venga de improviso el que me prestó y, como cobrador sin entrañas, me pida cuentas de los talentos entregados. No se me oculta que no debo cesar, sino, con diligencia y mucha actividad, seguir negociando y procurando la salvación de las almas, pues éste es el negocio encomendado a mis cuidados.

Está ya encima la estación del verano; yo soy una caña: tengo que ir a la era por necesidad; se acercan los días de la vendimia; cual racimo olvidado, acaso por descuido del vendimiador, me quedé aquí, pero me recogerán sin remedio. Por eso ruego a mis amigos y conocidos que recen por mí con el mismo afecto siquiera con que yo les pido y encarezco que lo hagan.

Temo mucho que allí me van a demostrar que soy joyo o cizaña, yo que aquí me llamo trigo, o que me van a reprender de que soy racimo agraz, yo que bebía la lluvia celestial entre las uvas escogidas. Me temo que lleve allá la lámpara apagada y tenga que buscar aceite para mi candelil o que, vestido con un traje sucio, me obliguen a ponerme, contra mi voluntad, frente a los coros fulgentísimos con luz divina.

Ahora mismo voy a salir de la casita que me dieron temporalmente para ir a donde no hay esperanza de volver; yo desespero de tornar aquí: ya no os veré más, carísimos; ya no veré más vuestros rostros ni os hablaré más. ¡Qué verdades dijo el santo Job cuando, sentado en el estercolero, se quejó así: “*Quien descendiera a la tumba, ya no subirá ni volverá más a su casa, y su morada no le reconocerá otra vez, y hasta que el cielo y la tierra se consuman, no resucitará.*” (Job, VII, 9-10). Entonces, despertados los que dormían dejarán sus lechos, los sepulcros en que estuvieron yacentes sus cuerpos en la región de los que callan.

El comerciante al abandonar el suelo patrio espera volver en breve, y el labrador, después de sembrar, aguarda la recolección de las mieses; yo en cambio, hermanos, estoy cierto de que mi alma no volverá a revestir su cuerpo ni a hermosearse con los miembros antes del día postrero que se dará a todos los muertos.

Mas, cierto, no siento el morir, no me avergüenza el tener que pasar por la muerte, que me libra de mis propios defectos. No deja de ser muy útil al pecador que muera joven, pues a quien descuida una vida larga sin aprovecharse de ella se prepara un fin muy triste. ¡Ay, qué lamentos arrancará al moribundo la muerte repentina, que separa a los hermanos de los hermanos, a los amigos de los amigos, a los padres de sus hijos, a los pastores de sus ovejas y a los maestros de sus discípulos! Siempre he reverenciado yo a los maestros y a los padres y siempre les tuve mucho amor; ahora os suplico y pido que os acordéis de mí cuando se administra la sagrada comunión, pues, aunque fui el peor de los mortales, he conservado inviolada la fe ortodoxa

que recibí. No he sembrado la cizaña en su campo, no he echado ninguna mancha en el Evangelio de Cristo Rey, ni he dudado antes de la Trinidad, ni he tenido pensamientos alguno contrario a este artículo de Dios trino, que me crió y adornó con su gracia. En ningún momento examiné con perversa intención al Padre, ni pensé mal en mi corazón del Hijo, ni me vino en mientes dudar del Espíritu Santo; estos tres nombres, a saber, el del Padre, el del Hijo y el del Espíritu les conservé siempre en mi mente y a los tres les comprendí por igual en mi culto de adoración. Pues bien: porque el ciego ponga faltas al sol, ¿le envilece? Y el necio escudriñador de la Majestad, ¿rebaja el valor y estima de su naturaleza excelentísima y perfectísima? Conténgase el ciego en su ceguera y entienda que en su mentor la falta de sus ojos y bástele al orgulloso escrutador su confusión, pues tiene que confesar que ha injuriado la grandeza de su Hacedor.

He dicho. No me queda sino rogaros y pidiros que me alcancéis de Dios el perdón y la paz me lo hagáis propicio en el juicio inminente que me espera. Le suplico yo por mi parte que atienda mis votos y a los de cuantos concurren a mi funeral o hagan alguna obra de honor por mí en calidad de ser sacerdote y los lleve a la felicidad de los santos. Asimismo os pido, amigos, todos los que venís a esta iglesia, y os lo ruego con lágrimas en los ojos, por Dios, que ahora me manda dejaros, que cuando vengáis a rezar las preces acostumbradas hagáis de mí, pidáis al Señor que se apiade de su siervo en el día del juicio y me perdone en su clemencia todos los pecados que he cometido.

Mira hermano: cuanto te llegue la hora entra por el camino trillado que llevan todos los mortales y no te aflijas de que la muerte te separe de nuestra compañía; te prepara tu Señor otra morada mucho mejor en la luz y en la región de los justos. Tus padres y parientes ya difuntos te esperan para juntarte con ellos, para colocarte en sus escaños. Por lo demás, aunque tu boca ya no cante en las funciones del sagrado ministerio no estará callada en el coro de los espíritus bienaventurados, y aunque se nos prive de las melodías tan suaves con que tú solías endulzar nuestras fiestas, en el cielo, unido a aquellos espirituales moradores, tu sinfonía será infinitamente más grata y más dulce. Aunque el Señor te haya separado de nosotros, ni tus pies vuelvan a pisar la casa en que viviste, la morada celestial, llena de todos los bienes, pisarán eternamente.

Hemos dicho que tu muerte nos produce la tristeza y nos llena también de gozo; de tristeza, porque nos dejas, y de gozo, porque eres

trasladado a las lúcidas mansiones de los justos. No puede ser de otro modo: tanto te echamos de menos y tanto nos dolemos de perderte y tanto nos alegra el pensamiento de que te contamos ya en el número de los santos. Mientras pedimos al Señor, dueño de todos, que te de bienaventuranza, síntesis de los bienes completos, y no nos deje sin tu ayuda, que a ti te lleve a la gloria y nos conserve a nosotros firmes en la fe y en su santa Iglesia. Se lo pedimos a ese Dios a quien deben todo honor y gloria los vivos y los muertos. Justo es también que todas las inteligencias piensen en Ti, Señor, y los hombres de todas las edades entonen a Ti alabanzas.

XI

EL TRIUNFO DE LA VIRTUD

Puerto es la muerte para los finados que cayeron trabajando y lugar también de descanso, donde contemplan seguros los peligros que corrieron de perder los bienes adquiridos, pues, sabiendo que los vivos tienen guerra declarada con el diablo, ellos consideran a la muerte como fin de la lucha y de todos los trabajos.

Ahora bien; la vida de aquellos que la pasaron estudiando las divinas Escrituras, velando, ayunando y orando, es muy recomendable: para esos la muerte resulta dulcísima, un sueño suave. El mandato que han recibido de dejar el cuerpo no les atemoriza, pues se prometen la recompensa ofrecida a las buenas obras.

Padre, *tu muerte preciosa es ante el Señor*, y la salida de tu cuerpo gratísima al cielo, y alegres tu vista y conversación a las jerarquías de los espíritus bienaventurados.

Mira lo que es la muerte para tu naturaleza corruptible: un puente, un río y un camino escabroso, que infectados están de males y sujetos a tentaciones. La muerte que te separó de nuestro consorcio nos produjo un grande luto y dolor acerbísimo, y a los amigos y parientes, porque se verán ya separados de ti y huérfanos y no te podrán hablar.

¡Ay! ¿A dónde torció su curso esa rica vena de oro? ¿Dónde se ocultó aquel pozo de ciencia? ¿Quién obstruyó aquella boca, aquella corriente de agua? Se volvió muda tu dulce cítara: la muerte dura interrumpió el canto y al cantor le transportó a la tierra de los que

callan, y arrebatado el músico, quedó abandonada la lira para que sirviese de nido a las arañas. El calor mortífero del estío ha secado el regato. La muerte inexorable ha apagado la luz de este candil. Vino como ladrón y se llevó el aceite.

Los cazadores, padre, que vienen por ti han acelerado el paso y aceleraron también el día de tu partida y te arrebataron la vida y te colocaron entre los muertos. ¡Ay! Tú eres un castillo rico y bien pertrechado, obra insigne de la divina bondad. ¿Quién destruyó tus muros? ¿Quién rompió tus puertas? ¿Quién devastó el campo fértil y taló el jardín amenísimo? ¿Quién robó la nave que hendía las furiosas olas del mar, arrastrando en su seno los tesoros ingentes de la gracia y de la sabiduría y estrelló contra las arenas la bellísima máquina? ¡Oh! ¡Al llamar la muerte, las olas, recaudadoras inhumanos, alborotaron el puerto fortificado y la bahía segura para los marineros que zozobran! La guirnalda artística y hermoseada con tanta variedad de flores no resistió la acometida de la muerte: fue sacudida, desbaratada, se marchitó y perdió toda su belleza. ¡Oh dolor! ¿Qué nos ha sucedido a nosotros, miserables? ¿Qué mortal ha secado el río, ha torcido el álveo de tu vida? ¿Quién ha sido el ladrón que se llevó el talento ganado con tanto trabajo? Arbol hermosísimo, ¿quién agitó tus ramas y nos llevó los frutos? Tesoro incomparable de sabiduría, biblioteca de las leyes divinas, ¿quién nos arrebató los ríos de erudición que nos fecundaban?

Fuiste la clave de bóveda y el ornato de nuestra Iglesia, la trompeta de los profetas, la voz de los apóstoles, el oráculo de ambos Testamentos, el intérprete de la doctrina divina inspirada, el pregonero enviado para anunciarnos la resurrección de nuestros cuerpos, el labrador feliz de nuestro campo, el guarda solícito de la viña y el mayordomo de nuestras rentas.

¡Ay! Los campos que tú cultivastes se lamentan de tu muerte y de tu ausencia. Varón bueno, escogido en el Evangelio, que habías nacido como una nueva estrella de la mañana para iluminar a los moradores de nuestra tierra, ¿quién ha sido el que apagó tu luz y te arrebató la victoria en los combates? ¡Viva, viva nuestro experto capitán! Constante e inmóvil contra las olas hinchadas de la idolatría, conservaste nuestros tesoros y rico patrimonio. Luchan ahora porfiadamente los cielos y el sepulcro emulando por ver quién te tributará mayores honores, y ambos, cada cual a su modo, te llevan ya en triunfo batiendo palmas.

XII

MODELO DE DIACONOS

Habéis visto que ha sido amputado un miembro de nuestro cuerpo y le han sacado de esta casa, sucia y desordenada, al lugar tranquilo de la luz eterna. Deber nuestro es rogar a Dios que se muestre blando y misericordioso con quien a su mandato abandonó el mundo.

Varón modesto, vivió morigerado, practicó la virtud y fue apacible; pacato y comprensivo con sus hermanos, a nadie quiso mal. Siéntale, Señor, te lo ruego, en tu cena para que sea feliz. Los ojos de quien veló a tus puertas y pasó las noches insomnes y derramó en la oración copiosas lágrimas pidiendo que le perdonases las manchas de su vida pasada, a esos ojos, te ruego, no les apartes ya nunca de tu presencia; a quien mandaste que sirviese en tu templo en los sagrados ministerios y administrase a tu grey tu Cuerpo y tu Sangre, llámale a comer en la mesa común con tus corderos.

¿Va a excluir tu caridad de la compañía de tus caros amigos al que se mostró benigno, accesible y tierno con sus hermanos? ¿Vas a negar el que oiga la trompeta de la resurrección gloriosa al que tuvo sus deleites sólo en estudiar los mandamientos de tu divina ley y en oír predicar de Ti? ¿Vas a alejar de la unión y amistad de tus santos al que fue admirador perpetuo de las riquezas de tu sabiduría, a quien el Espíritu Santo enseñó tu ley y a guardar la pureza del alma y cuerpo, o mejor diré, al que despreció los placeres y aborreció la ociosidad, vas a decretar Tú que sea echado de la cena y que no goce de tu luz en compañía de los justos, tus amados?

XIII

¡AÑORANDOLE!

Hermano: ¡Qué amarga ha sido tu muerte! ¡Qué triste noticia para nuestros oídos! ¡Qué espectáculo tan lamentable para nuestros ojos!... El pueblo fiel, la comunidad llora tu tránsito, y viniendo a tu funeral, no saben consolarse y dicen: “¡Oh celestial comerciante, que mientras vivió, apartando su mente de las cosas caducas, buscó las verdaderas riquezas y salió de este mundo nadando en la opulencia para ir a habitar en la región de los bienaventurados, que no mueren!”.

A ti no te sorprendió la muerte cruel, como a otros, desprevenido; no mostraste repugnancia ni oposición: Aquel que domina en los cielos y en los infiernos, que ató a la muerte vencedora de los hombres, ordenó que dejases nuestra comunidad proponiéndote a El como espejo en el cual, al mirarte, corrigieses sus vicios, se animase a practicar la justicia y a buscar la verdadera hermosura del alma.

La muerte repentina apagó la luz, llevándote Dios de nuestra compañía. Por lo que a ti respecta nos alegramos, pues ¿acaso nos daremos por ofendidos de que seas feliz allá los que sabemos bien que tu tránsito te colocó en un estado mejor? Al sentir tu muerte lamentamos más bien nuestros daños porque senos ha ido el solícito procurador, siempre dispuesto a socorrernos en las miserias y calamidades.

¿Cómo no te llamaremos dichoso, que venciste al enemigo con vigiliias y ayunos y fervorosas plegarias y conquistaste la corona para sentarte después en las sillas del cielo luciendo en tu pecho los trofeos ganados? Verdad decimos y cosas ciertas contamos al llamarte varón santísimo y al compararte a los de más perfección y acrisolada virtud, pues tú entre los iguales, por la integridad de costumbres, brillaste como astro resplandeciente, y más que ninguno, trabajaste denodadamente por Cristo. Integérrimo entre los ascetas de más probada santidad, no es exageración el decir que en ti estuvieron resumidas las virtudes de muchos santos: en ti la constancia de Samuel, en ti el desprecio de las cosas caducas de Elías, en ti el celo de Matusalán, en ti la castidad de José y en ti la mansedumbre del mansísimo Moisés.

Has copiado en tu cuerpo las virtudes de los profetas y de los apóstoles, conocidas en todas partes, y tan al natural has representado su imagen que los que miran les parece verlos retratados en ti; tan a maravilla has copiado tú sus costumbres, su modestia, su austeridad y su compasión hacia los desgraciados; con tanta asiduidad mortificaste tu cuerpo, que de esta mortificación te provenía aquel tu fervor en la oración de que antes hablaba yo, y de aquí procedía el que con la fama de tus virtudes aprendiesen los ausentes y los presentes se inflamasen con tus ejemplos. Y porque aquí y más lejos has sido el dechado de virtud, tu esfuerzo conseguía frutos celestiales, animando a otros a cosechar tesoros semejantes. La fama y conocimiento de tus virtudes era ayuda para los que moraban lejos de aquí, y tu observancia, para los testigos de tu vida; tus consejos, para los principiantes; tus preceptos y enseñanzas, para los perfectos. Tú sostenías a los flacos en la virtud y levantabas a los caídos y a los indolentes les

dabas saludables penitencias; a los ojos del mundo entero fuiste ejemplo de todas las virtudes con el fin de que quienes te vieses se avergonzasen de no imitarte; alababas a tus seguidores y confundías la tibieza de los negligentes. ¿Qué de extraño, pues tú, adocctrinado con el ejemplo de San Pablo, querías que todos se te parecieran? Y como el apóstol se hacía todo para todos, tú eras grande con los grandes, y con los pequeños, pequeño; te bajaste hasta ellos para que subiesen hasta ti y en sí copiasen ellos tus virtudes. Y aunque las lágrimas no se secaban en tus ojos, sabías también reír modestamente en el trato con los demás y tu palabra dulce templaba aquel rigor y tristeza santa que mencioné antes. Así de tu doble tesoro distribuías riqueza a dos clases de personas.

He dicho que nos has sido dado como espejo y norma santa y lo repito: en ti se miraba cada cual y se acusaba a sí mismo viéndose desigual a ti. Los desidiosos entraron en sí, y admirando tus obras, se corrigieron su flojedad; los irresolutos salieron de su apatía; a los desalentados dio energías tu fervor, para correr a la perfección, y a los esforzados comunicó nuevos aceros tu adelantamiento en las virtudes. Imitaron muchos tu abstinencia y así has conseguido una gloria especial; no te ruborizó el aparecer inocente ante el mundo y delante de todos aprobaste la pureza y la continencia. Aquellos dos mandamientos *Amarás al Señor tu Dios y al prójimo como a ti mismo* los guardaste como regla de la nueva Ley: los dos cumpliste con igual fervor de caridad y a los dos diste en justicia, íntegra y sobreabundantemente, lo que te exigían. Oías los ejemplos de las vidas de los santos, dispuesto a poner por obra lo que aconsejaban, y comenzabas a practicarlos con ánimo de no dejarlos hasta salir con la empresa. Viven todavía en nuestra memoria y son conocidos por doquier los ejemplos de tu caridad y de tu devoción, saludables no sólo a los que se acercaban a ti y participaban de tus liberalidades, sino también a los que los presenciaban. Se dice que la oración es para el alma un carro que no perciben los sentidos, un carro que recorre el espacio entre el cielo y la tierra. Padre: tú subías a esta cuadriga en secreto, como Elías subió a vista de todos; en ella eras llevado a contemplar a Dios, que no pueden ver los ojos de carne. Deja, padre, escrito el testamento a tus hijos para que en él aprendamos a evitar las asechanzas que nos tiene preparadas el enemigo y los escollos que se nos presenten.

Con la oración asidua y las vigilas prolongadas maceraste tu cuerpo sin darle el solaz de los baños ni los ungüentos, pues habías hecho

voto de limpiar las manchas del alma, si alguna se había pegado, con el descuido y mortificación de tu carne.

Tus ojos, vigilantes, custodiaron las riquezas, y tu mente, siempre atenta a Dios, los tesoros de la gracia; mientras otros languidecían en la ociosidad o dormían profundamente, tú no descansabas un momento. Amabas el sufrimiento y la austeridad, y las nieves no fueron motivo para sumirte en la inacción ni tampoco los ardores del calor para que fueses remiso en cultivar las semillas que tu ayuno había sembrado en el campo: tú las regabas con lágrimas. Nunca te dominó la ociosidad, padre; nunca dejaste de negociar. ¡Ay! ¿Quién ha derrochado tus tesoros? ¿Quién ha dejado pasar la ocasión de lucrarse con ellos? Más qué digo, si para todos fue tu trato amabilísimo, si todos han sentido acerbamente tu muerte.

Con el ayuno y las vigilas sacudiste de continuo el sueño de tus ojos, imitando así en cierto modo a los ángeles, viviendo en la casa de los que duermen; el Angel te resucitará de entre los que duermen.

Con humildad orabas postrado pidiendo a Dios que se dignase recibir tus sacrificios, que hiciese de ti una hostia y te recibiese como víctima. Ayunaste, conservaste puro el corazón, te mortificaste para tener a raya tu lengua y dominar tus pensamientos; te abstuviste de las comidas y salsas que tanto aprecian los gastrónomos; reprendiste la demasiada preocupación de los inmortificados y te encaraste con los maldicientes y murmuradores porque comían opíparamente y con sus palabras ajaban las vidas de sus prójimos; absteniéndote del vino y de todo deleite de los sentidos pusiste un freno a la lengua, como quien deseaba mantener la paz y tranquilidad en casa: tus labios se emplearon en cantar himnos, los himnos inspirados por el Espíritu Santo.

Ahora bien: cuantos conocen tus triunfos, ¿cómo no van a llorar tu muerte? Los que alaban tus obras, ¿cómo se van a dar por ofendidos de los lauros que has recibido? Que exteriore su duelo nuestra comunidad, vistiendo de luto para demostrar su dolor, al verse privada repentinamente de tu trato y tu palabra. Aunque nosotros, tus discípulos e hijos espirituales, dudamos si llorar o alegrarnos de tu tránsito, pues ni tu separación nos entristece, tus triunfos nos llenan de gozo. Es cierto que al reunirnos en los actos conventuales te añoramos y no podemos contener las lágrimas y los sollozos, pero pensando después en tu muerte dichosa y tu triunfo sin igual renace en nosotros la alegría.

¿Quién te arrebató, sacerdote santísimo, a las alabanzas de la Igle-

sia santa? ¿Quién, venerable padre, te separó de nosotros? ¿Quién sopló en esta lámpara y apagó la luz que alumbraba nuestros ojos? ¿Quién cegó esta fuente pura de la disciplina de la Iglesia, que solía regar las mieses verdes de los corazones fríos y las hacía crecer? ¿Quién robó esta corona y dejó vacío el lugar que tú ocupabas?

Mas, lo sé, nunca te dolerás de haber dejado, padre, este mundo, del que te trasladó el Señor a la mansión de los justos. Te llamo bienaventurado, porque admitido en la compañía de los santos te gozas con ellos de la eterna felicidad. Réstanos dar las gracias más rendidas al que te eximió de la milicia de esta vida y te dio el poder gozar de la paz y del descanso perdurable.

Ruega y pide por nosotros, padre, para que también se nos conceda el verte en la casa sempiterna; para que, habiendo alcanzado el reino celestial, alabemos por una eternidad a tu Señor, a quien en justicia le deben tributo de alabanzas los vivos y los muertos por los siglos de los siglos. Amén.

XIV

EL SACERDOTE SANTO

A aquel cuyos labios cantaron los Salmos del Espíritu Santo, Señor, perdónale los pecados y concédele, te lo pedimos. Que en el lugar donde los justos gozan de la eternidad Cante él aquel himno:

“Al Altísimo y óptimo Dios, que se apiadó de mí,
Sean el honor y la gloria.”

El que llevó desde su juventud tu yugo suave.

A éste, librándole, Señor, de sus culpas,

Manda que disfrute de aquella tan deseada seguridad.

Célibe, se abstuvo en esta vida de las bodas,

Pues aspiró a lo que Tú has preparado a los perfectos;

Inscríbele en el número de los buenos.

Y porque trabajó para acordar a los que discrepaban

Y se abrazasen en la caridad mutua.

Tendiendo hacia el bien, depuestos sus odios,

Concédele la entrada en el huerto del deleite verdadero.

Además, porque obedeció a tus mandamientos,

Fue solícito en servir a sus hermanos y ejecutar sus deseos,

Porque siempre ocupó el lugar ínfimo.
Tú, Señor, dignate levantarle en tu convite.
Y porque te alabó delante de los hombres,
Según lo tienes prometido,
Confiésale y alámbale delante de tu Padre.
Rogámoste, Señor, tengas misericordia de este hombre afligido;

Que te goce y le perdones sus pecados.
Tú que sólo eres bueno,
Tú que sólo eres quien perdona los delitos,
Compadecido de él, absuévele reo confeso.
Probado con enfermedades continuas en su vejez;
Colócale en el jardín de las delicias, Señor;
Devuélvele, ya viejo, a la juventud,
Que rejuvenecerá, sí, al entrar en tu casa,
Pues quien, achacoso y enfermizo,
Nunca dejó de mirar por tu Iglesia,
Justo es que, asociado a los bienaventurados
Y disfrutando de la abundantísima unión de todos los bienes,
Cante tus alabanzas con voz sonora.

XV

TIERNA DESPEDIDA

—Hermanos, hijos de la Iglesia, id a pedir al Señor para que mi negocio resulte bien y no me excluya de la compañía de los moradores del cielo.

—Buen hermano, abstinente, hombre de oración: esperamos verte en la Jerusalén celestial cuando vayamos allá y darte en ella el paraíso.

—Aplacad al que me separó de vosotros y me mandó quedar en el sepulcro hasta el día de la resurrección general de los muertos. Os ruego que no os olvidéis de mí en vuestro sagrado ministerio y en las preces que hacéis como ministros del Señor.

—Lejos de ti el pensamiento de que te echemos en olvido, hermano; nosotros estamos firmemente persuadidos de que en aquel día en que se separará a los malos de los buenos te volveremos a ver y nos alegrará la vista.

—A mí la muerte me ha separado de vosotros; mi cítara ha cesado de cantar las divinas alabanzas: me lo impide la muerte.

—Jesús, único objeto de tus amores en la vida, te recibirá en sus palacios; en ellos nadie tendrá prohibición de ensalzar su munificencia con los ángeles en el cielo.

—Sin embargo, en aquella tierra, adonde voy ahora, me tengo que presentar a un Juez justísimo. A vuestra oraciones me encomiendo para que ellas le muevan a compasión y le ablanden; espero que, irritado contra mí, así mudará la sentencia.

—Porque abandonaste la casa paterna y lleno de amor a Jesucristo nunca te separaste de El, su amor te hará feliz en aquella tierra hacia la cual caminas.

—Pero hoy voy a morir y voy a terminar mis días.

—Pues bien: hoy mismo, buen hermano, hoy mismo te pondrá El la corona: ese Jesús a quien amaste, ese Jesús te introducirá en sus palacios.

—Así lo espero. Mas, ¡qué amargo es el trago, hermanos, que tengo que beber, pues ignoro quién será el que me reciba!

—Para los impíos y los malos está preparado el castigo aquel día; para ti, al contrario, está reservado el gran premio, pues has recibido su cuerpo.

—Vacila mi alma, asustada con las preguntas severas que oírás; sé que Dios castigará con fuego.

—Confías; los justos, cuyos actos tú has imitado en tus costumbres puras, tomarán a su cargo en el juicio tu defensa.

—Me llenan de vergüenza y confusión mis pecados; te ruego que perdones a este reo confeso y me prives en el día de tu venida de ver la hermosísima luz de tu rostro y del sol que no conoce ocaso.

—El Esposo, que fue toda tu preocupación, te abrirá sus moradas reales y conseguirás los goces del huerto de las delicias, preparado para sus amados...

—...Orad por mí, hermanos y amigos; juntad vuestras súplicas a las mías; alcanzadme un viaje feliz y un benévolo acogedor.

—Abre, Señor misericordioso y clemente, las puertas de tu reino a nuestro hermano, quien no pasó un solo día sin ayunar y darse a la oración.

—Esto mismo pido, hermanos, y espero que vuestras oraciones me introduzcan en el lugar adonde voy y como aves me lleven bajo sus alas, volando por los aires, a la mansión de la vida.

—La Cruz del Hijo de tu Señor, por la cual fue redimido el mundo, te abrirá la entrada en los palacios bienaventurados, en donde, después que haya abandonado el cuerpo, el alma vive allí con vida pujante.

—Por mi parte también yo pido al Señor que a vosotros, que habéis cantado himnos en mi muerte, os junte al coro de los ángeles.

—Acoge, clementísimo Señor Dios, a tu siervo, que llega a ti implorando misericordia; inscríbele como ciudadano de la celestial Jerusalén, porque creyó en Ti.

—Pero urgen la partida; adiós, hermanos: se acerca mi Señor enviándome el mensajero; acompáñenme vuestras oraciones.

—La benignidad del Juez clementísimo, que se compadeció del ladrón, te prestará, hermano, su ayuda y compañía para que llegues al lugar de destino.

—A Ti, Señor, sean la gloria y el honor.

—Porque con los vivos te muestras accesible y compasivo.

—Y porque a los difuntos les darás un día la vida perdida.

—Confía, hermano, que Cristo escribirá tu nombre en el cielo en el libro de la vida, porque le has amado ardientemente y fielmente has guardado sus mandamientos.

—Pensad, hermanos, en qué angustias nos pondrán nuestros actos en el día postrero, que el Hijo del Rey ha fijado para su venida.

XVI

MODELO DE SACERDOTES

Padre, atleta de la verdad, ¿conque nos abandonas? ¿Te empeñas en dejar este mundo y a nosotros huérfanos? Moisés, al dar el postrer adiós a su pueblo, fue figura tuya, padre santo, en el momento de tu muerte. Mas él, al partir, designó un capitán para ministro de su nación imponiendo la mano sobre su cabeza y dando con este hecho a los hebreos una profecía de su entrada en la tierra de promisión y a nosotros una figura del camino que conduce a la salvación. Cumplido su oficio, Moisés se durmió al instante.

¡Ay, padre; tú nos dejas en el ostracismo, sin arrimo, en tierra extraña! ¿Quién nos dará ya un caudillo que nos guíe a la Patria do vamos caminando?

Le dará, en efecto, el que te dio a ti como hermano y como Obispo (sacerdote) a los hermanos, comparable a José, a quien el Padre le puso al frente –hijo semejante a sí– de sus hermanos mientras vivieron desterrados en Egipto. Así el Padre soberano te adoptó a ti –semejante a El– y te puso como gobernante de nuestro pueblo para que todos, unidos en mutua caridad, no nos mostrásemos indignos de los bienes que para nosotros pedías. Por cierto que en tus costumbres brilló la imagen bellísima del Dios adoptante, del Dios que vio el patriarca Jacob, del Dios, único objeto de tus amores, por quien dejaste a los parientes para recibir en premio la vida perdurable.

El sacerdocio de Aarón tuvo su fin y límite; Aarón tenía sus ayudas en su ministerio: con él administraba todo lo concerniente al culto pobre de la antigua alianza, pobre porque carecía de sacramentos. En ella estaba determinado además que los hijos sucediesen a los padres en el desempeño de las funciones una vez fallecidos. Tal sucedió a la muerte de Aarón, que asumió el sacerdocio supremo su hijo Eleazar. A Eleazar fijó normas y señaló todos los emolumentos Josué, el caudillo elegido a la muerte de Moisés.

Del mismo, padre, también a tu sacerdocio se han fijado límites y hora de dejarle. Te ha llegado la hora.

Suplicámoste, pues, y una y más veces te rogamos que, por el luto en que nos deja sumidos tu muerte, traspases a tu pueblo tu poder y virtudes, del mismo modo que Elías hizo transmisión de los suyos a Eliseo, para que poseamos impresa la imagen de tu magisterio en nosotros, discípulos de tu vida ejemplar, para que tengamos la imagen que nos sirva de alivio poderoso en nuestro dolor y no nos veamos privados enteramente y para siempre de tu presencia. Padre riquísimo, que a tantos pobres enriqueciste: esperamos que no nos cerrarás tu munificentísima mano.

Pero mira, contigo baja al sepulcro el que dividió el mar cuando Moisés le pidió un camino; El te encenderá la luz en las tinieblas, la columna capitana de los israelitas, pues en tus miembros se guarda ahora el Cuerpo que resucita a los muertos y está mezclado con la sangre de tu espíritu el Cáliz saludable; no te abandonarán en el peligro: te preparan una corona en la región de los justos. Los servicios o favores debemos pagarlos con servicios y favores; a ti, difunto, te debemos agradecimiento porque has explicado varios libros de la Divina Escritura. Por lo demás, justo y equitativo es que te ofrezcamos, como labrador del campo, los frutos cosechados entre un pueblo

(inmundo) idólatra. Padre, te aguarda la turba de los justos; entre ellos se conservan atrojados los frutos cosechados en los campos; allí se te mostrarán tus riquezas.

Vete, padre, a la ciudad pacífica, pues en la que moras tiene ciudadanos siempre en guerra; aquí está la paz desterrada. Cuando la muerte te haya llevado al sepulcro, tu Salvador te librará de toda preocupación; pero mientras se te prepara un nuevo domicilio, como viajero cansado de un camino largo, busca un mesón en el trayecto y figúrate que lo es el sepulcro, en el que descansarás un poquito hasta que, viniendo el día deseado, obtengas el reino que se te ha prevenido. Entretanto, no te dé vergüenza oírte alabar, pues los que alguna vez consultaron contigo, hombre al parecer sencillo y sin instrucción, si fueron doctos pensaron que su propia ciencia era casi ignorancia, y si ignorantes, dejaron de ser tales. Fueron tu palabra y tu trato regla y norma de conducta para todos; tu porte grave y lleno de dignidad, freno para la ligereza y látigo par la petulancia. Los que te conocieron corrigieron sus vidas, pues comprendieron que la tuya era inmaculada.

Bien conoció el Señor lo preparado que estaba tu corazón, tu sinceridad y pureza y el amor nunca entibiado que le profesaste y que estimaste su gracia más que ninguna otra cosa criada. El no reprendió tu conducta, como reprocha el obrar de los mundanos, porque no ignoraba cómo te habías portado hasta aquí. Animo, sapientísimo negociante, que, bogando con otros que naufragaron, tú hiciste negocios muy ventajosos y lucrativos y de este miserable y luctuoso siglo sacaste con que cargar una nave de ricas mercaderías. Pues bien: ahora, cuando ya has entrado en el puerto, capitán venturoso, has dejado toda preocupación.

Padre” extendiste tu mano al pecador caído, asegurando que también tú podías caer en la misma sima; le diste un ejemplo con que, animado, se levantase de su caída y no se avergonzase de confesar su culpa. Con estas y semejantes artes lucraste para Cristo a tus hermanos y con hechos demostraste ser verdad aquel dicho del Espíritu Santo, que habló por boca de Jeremías: *Quien separe lo precioso de lo vil será como la boca de Dios*. (Jerem., XV, 19.) Por eso, cuantos se acerquen a tu sepulcro no usarán mal aquella fórmula, ya de costumbre, “Ayúdenos tu oración”, pues cantaba el Espíritu Santo también por David: *“Preciosa es la muerte de los santos en presencia del Señor”*.

Por lo demás, aunque tu llegada y presencia en el cielo haya llenado de gozo a los santos, a nosotros es cierto que el deseo de poseerte desde que marchaste nos es un gran tormento. Sabemos, sin embargo, que estás con el Señor y nos gozamos en tu gozo; no dejes entretando de pedir por nuestra salvación e incolumidad allá en el sitio que tus discípulos no pueden olvidar. Tu recuerdo se ha grabado muy profundamente en nuestros corazones y el olvido nunca vendrá a borrarlo. Allí pide por nosotros para que, conservando la caridad mutua entre los de casa, con los hechos demos ejemplo a los de fuera de lo bueno que tú nos enseñaste; y los discípulos imiten al modelo, quien primero hizo y después enseñó.

XVII

EL POLVO DE ADAN

—Me urgen la partida; mas, llamado por mi Señor, no la temo: espero recibir la corona prometida de la gloria y así nada me faltará.

—Creemos que los ángeles, que te separan de nuestra compañía, te llevarán a las mansiones de los justos para que hagas al Criador la ofrenda grata a sus ojos. Por eso te felicitamos de la salida de este destierro. No creas que dejaremos de rogar por ti. Pedímoste, Señor, que des a tu siervo la plenitud de bienes y la paz a su alma en el cielo con aquella seguridad que tanto deseó y pidió.

—Sonará la trompeta, se dejará oír la voz y, como a toque de clarín, todos los hombres volverán a reunirse a sus cuerpos, aunque sólo los justos saldrán al encuentro del Señor, llevados en las plumas de las nubes, y siguiendo su bandera irán a gozar de la vida bienaventurada con alegrías perpetuas y plenas.

—¿Cómo no llamarte feliz a ti que te está reservada en el cielo una corona tejida de flores que nunca se marchitarán? Mira, entiende bien que esta gracia se la debes a aquella voz de vida que, resonando en los abismos del sepulcro, atemorizó a los cadáveres y les levantó de sus tumbas.

—Señor, concédeme también aquel día en que tu trompeta llame a juicio a los que callan y atruene sus oídos la gracia de cantar himnos gratos a tu Majestad divina.

¡Era, padre, una flor encantadora!
La muerte cruel te ha deshojado;
Te recibirá el patriarca Abrahán
Cuando llegues a su seno.
Las puertas del cielo se abren de par en par
Para darte el descanso eterno,
El gozo pleno.
Pero Señor, equitativo y justo es
Que a Ti todo lo que creaste
Te alabe con máximos loores,
Pues que te plugo, mi Dios,
Recoger el polvo de Adán,
Disperso por doquier.

XVIII

LA IGLESIA LLORA LA AUSENCIA DE SU PARROCO

Yo, casa de este varón santo, estoy deshecha, quedo arruinada si no me miras, Señor. Su presencia me llenaba de honor: aquí tocaba él dulcemente a mis oídos las tonadas de su cítara y su palabra me recreaba.

Tú, Señor, alivio de los afligidos, salud de los enfermos, aplícame la medicina, te lo ruego. Ahora que ya no puedo oír su voz, alégrame con un crepusculito de su luz.

Consolador bueno, te lo suplico: no apartes de mí tu rostro, que he quedado desierta; limpia mi suciedad. Mis ojos y mis manos han registrado todas las dependencias secretas, pero renuncian ya a dar con el santo; por él, ¡oh dolor!, me frecuentan las turbas de los cristianos fervorosos. Los oídos también me están diciendo que guarda silencio, que ya ha dejado de hablar. ¿Quién vendará mi llaga? El me sublimó, es cierto; mas lo es también que él me ha humillado, al irse él, mi seguridad. Sobre mí han caído el pavor y el horror.

Cuando te contemplé cadáver me horroricé: tu muerte me dejó sin sentido, me ha quitado la gloria y el honor. Las compañeras, que me llamaban dichosa, se han callado al eclipsarse mi gloria, al irse mi alegría; me han ahogado la tristeza y el llanto.

XIX

EL SEPULCRO DE UN REY Y DE UN MENDIGO

Habiendo ya visto a la Justicia sentada al borde de un sepulcro le preguntaba de quién era aquella tumba y quién se pudría en ella, “pues —le decía— este pudridero de huesos que estoy viendo no me explica bastante”.

“Aquí —me respondió— está enterrado uno de los antiguos reyes, ilustre por su riquezas y hechos de armas. Ven acá y contéplale cómo se halla ahora. ¿Ves? a su lado yace otro; fue un mendigo. Delante de tus ojos tienes a dos clases de hombres, la más encumbrada y la más humilde; si eres capaz, distingue al uno del otro.”

Al acercarme al dintel de aquella huesera topé con el primero, el mendigo, tirado en un lado maloliente. Su cabeza estaba sucia y cubierta de telarañas, su tronco yacía inmóvil, los dientes arrancados, la boca hecha una cenicera y los huesos, desarticulados, se deshacían casi todos en polvo. Que este hombre haya venido a parar a tal estado de suciedad, como nacido y criado en ella, no me admira, me decía yo; con un rey no ocurriría cosa semejante, pensando que por tratarse de un hombre de su dignidad y grandeza, en el sepulcro, como que sucede en el mundo, se observaría el mismo fenómeno y así el cadáver del rey le darían allí grandes honores.

Pero salí por fin de mi error y vi por experiencia que a la dignidad de la primera fortuna de ser rey había seguido la suciedad y la tierra desnuda, y la corrupción fétida a los ungüentos olorosos, y que su gloria antigua se había oscurecido con la ignominia que la siguió; aquel cuerpo de rey no era ya más que un montón de basura que se pudría en el estercolero.

Lancé un gemido y dije: ¡Oh ciega soberbia de los mortales, era necesario que llegases a tal grado de desprecio! Así las varias y desiguales condiciones de la vida del hombre, el ser rey y ser mendigo, las iguala la muerte. Que nadie confíe en sus riquezas, que aquí las dejará a la postre; en los bienes, que no los llevará el dueño, que aquí muere; que nadie se precie de la apostura, gentileza y hermosura de su cuerpo ni de su rostro: son cosa fugaz y frágil, que para en el sepulcro y en él se marchita y desvanece.

Vi el infierno, es decir, el abismo glotón, lleno de todos los vi-

vientes y no por eso hartó. ¿Qué digo? Duplicado el número de los muertos, le vi extender y ampliar más su seno; guarda ya tantos cuerpos que no sabe su número ni el mismo que los echó en aquella cárcel. Ninguna condición humana se exime de esta ley: todos, hombres felices y hombres desdichados, todos van a parar a él.

Me adelanto más y frente a mí van pasando en montón catervas de cadáveres, todos distinguibles y distintos; ninguno habla; ya no tienen voz; ya no sienten; ninguno retorna por el camino que entró; a ninguno se da compañero para que le saque de allí, ni tampoco se da a los reyes licencia para poseer, ni a los soberbios para anteponerse con arrogancia a los demás, ni a los lujuriosos para entregarse al vicio, ni a los avaros para negociar y lucrar con la usura. La tierra guarda al rey y al oro que amontonó; uno y otro perdieron su valor, puesto que las riquezas reunidas en provecho del heredero al llegar a este sitio no sirven de nada al verdadero dueño. Yace soterrado el malvado con su malicia para ser al fin precipitado en el infierno. Pero al justo le recibe la tierra en el sepulcro, el límite postrero de las cosas humanas y el fin de las calamidades y miserias para devolverle un día a las mansiones de los bienaventurados, a la misma suerte tiene destinado también al pobre de espíritu, que se trajo consigo a la sepultura los dineros distribuidos a los menesterosos.

Contemplaba yo los huesos del más poderoso y del más débil, los de ambos a la vez, para comprobar si el malo era más hermoso, pero me cercioré de que eran iguales. A los hermosos no les acompañaba su beldad donde les sirva para ensoberbecerse y hacer ostentación. Delante veo pasar a los que acá se ataviaban con vestidos de púrpura, tiznados y con trajes de luto, y a los que con afeites solían desfigurar sus rostros los vi horriblemente deformes, corroídos por la tenia y comidos aquellos ojos antes brillantes con los colores del estibio. ¡Ni la sífilis transformara a los lujuriosos en tan asqueroso albañal!

Los soberbios, a quienes el tufillo de la gloria tenía engañados, eran ya humo y sombra, y los ambiciosos, cegados por la fosforescencia de los honores, despreciados, abyectos, habían llegado a ser un lastimoso espectáculo.

Era de ver a los que aquí ambicionando el mando y los primeros puestos se rescomieron en la oscuridad de su casa; a los que habían conseguido el renombre de sabios y a los que pasaban plaza de doctos cómo ahora ni siquiera estaban en su sano juicio; a los ricos, que sabían que era preciso huir de las riquezas y las buscaron con tanto

anhelo, verlos ahora sumidos en la extrema pobreza y carecer de la comida que natural y fácilmente se encuentra. Aquí, en el sepulcro, nadie lucha ni disiente: la tumba ha apagado y ha quitado las enemistades a los huesos, mezclados y confundidos unos con otros.

XX

AYES DE UN PADRE MORIBUNDO

El día señalado para cada uno de los hombres en el cual ha de abandonar este suelo me obligó a dejar repentinamente vuestro convite y retirarme a aquel albergue anchísimo, que se extiende hasta los abismos de la tierra. Enviado por el Juez el lictor antes de que presintiese su llegada, me cogió desprevenido; y cuando suplicante le rogaba que difiriese un poco la partida, siquiera mientras decía el postrer adiós a los parientes, él rechazó mi súplica y los regalos que le hacía.

No me había percatado de que era el emisario de la muerte, enemigo el más temible para los malos: le creía uno de los mortales y como tal, si no con ruegos, se dejaría doblegar con regalos. Mas luego que entendí que era el propio guardián de la cárcel del sepulcro, desesperé ya de la salud y me atemorizó su vista y me horrorizó su pavor y el pavor y el miedo sobrecogieron y turbaron todo mi ser.

En el mismo instante empezó a remover de su lugar mis huesos y a separar mis miembros unos de otros y mi alma y mi cuerpo a luchar entre sí; cortó el estambre del telar, envolvió la tela y se la llevó. Rompió los nervios de la cítara, suprimió el canto, arrancó el árbol de la vida y perdió los manzanos con los frutos. Me quitó el habla, me arrebató la luz de los ojos, la llama de la lámpara la convirtió en humo, desfloró la hermosura de mi rostro y el cuerpo se tornó, como está escrito, al polvo, su pariente.

Presa de tantas angustias, no sabía que hacer, carísimos: no encontraba salida. ¡Ay! Las ganancias y riquezas que allegué a costa de tanto trabajo me dejarán para aprovechar a mis herederos y a mí nada, bien lo sé.

Yo construí grandes casas acomodadas para vivir, así en el estío como en el invierno, y a mí la muerte me lanzará hoy a una cárcel tenebrosa. Y de tanta riqueza no me acompañará al salir de aquí nada, nada más que las malas acciones de mi vida pasada, impedimentos